

Noticias Diocesanas

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

Año IX, N.º 197 25 diciembre 2005 / 8 enero 2006

Victorio, hermano y amigo

Para
ir a Dios
hay que
pasar
por el
hombre.
No hay
atajos.



Y la palabra se hizo historia

Es una interpretación un poco libre... pero está contenida también en el prólogo del evangelio que proclamamos en este tiempo de Navidad. La palabra aconteció, se hizo acontecimiento humano. Dios habló al hombre, en el lenguaje que el hombre es capaz de comprender, el su propia carne, el de su propia condición histórica, marcada por la carne del tiempo.

El tiempo de la historia es el espacio donde la Palabra de Dios fue encomendada por Jesús a su Iglesia. El tiempo de la historia es el espacio en que uno, tras otro, los cristianos, y, entre ellos, los pastores de la Iglesia, reciben el encargo de que la Palabra de Dios siga siendo comprensible al hombre, a cualquier hombre, a todo hombre.

Este tiempo de Navidad está marcado por una despedida. El pastor que el Señor quiso poner al frente de su pueblo en Alicante en los últimos nueve años, D. Victorio, se despide. Precisamente el tiempo de la despedida es cuando con mayor fuerza resuenan las palabras. La palabra es posiblemente la herencia más preciada que puede dejar el hombre. Quizá, por eso, cuando Dios quiso entregar al hombre lo mejor que tenía, nos dio a su Hijo como Palabra.

En este tiempo de la despedida, miramos al principio...

«Y al principio, estaba la Palabra». Siempre, en cada momento importante de su caminar con esta Iglesia, lo primero ha sido la Palabra, la Palabra de Dios. En ella, se inspiraron los planes pastorales. Escuchando la voz del Espíritu, nos señaló a cada hombre y mujer de esta tierra y nos dijo: «Acércate y camina a su lado», cuatro años después, nos recordó que nuestra palabra para cada hombre, no puede ser otra que el propio Evangelio: «Jesucristo, Buena Noticia».

En este tiempo de despedida recordamos los gestos... y su gesto más característico es el del Sembrador. Con la mano en el arado, abriendo surcos en todos los rincones de esta tierra alicantina. Surcos en los que poder sembrar palabras de evangelio. Con un gesto amplio en las manos, grandes, abiertas siempre, para ofrecer a voleo, el Evangelio, con una confianza esperanzada en que la semilla sembrada sólo pueda dar buenos frutos, los frutos de la felicidad del hombre, los frutos de las Bienaventuranzas, que están en el corazón del Evangelio. A pie de obra, ha construido la vida de esta Iglesia, poniendo el único cimiento posible que resiste el paso del tiempo y las circunstancias adversas: las pa-

labras del Señor.

En el recuerdo queda impreso el modo de encarnar la palabra. Sólo la palabra que se encarna puede ser acogida por el hombre. Con un estilo que recuerda los cánticos de Isaías,



hemos aprendido que la palabra no se grita, no se entrega alzando la voz, se ofrece hablando al corazón, ofreciendo aliento a quien se siente abatido. Con un modo de acercarse que recuerda al del Buen Pas-

tor, hemos aprendido que Dios, cuando habla, se dirige siempre al hombre concreto, con su historia irreplicable. No nos queda duda de que la primera palabra que Dios pronuncia siempre es el nombre de la persona a la que llama.

Silenciosa, pero permanente, nos hizo descubrir la palabra de Dios que acompaña la vida cotidiana del hombre. En sus cartas, la Palabra adquirió el ritmo rápido, espontáneo, transparentemente sincero del lenguaje de los niños, o bajó a la hondura del dolor humano en diálogo con los enfermos. En sus cartas, semanales, cotidianas, surgidas del acontecer diario de la sociedad y de la Iglesia de Alicante, cada acontecimiento halló la respuesta de la palabra de Dios, que se hace historia, que camina con el hombre.

La palabra, que es herencia, trasciende las despedidas, la palabra permanece. Y queda siempre activa, transformando con el tiempo, lo que no pudo cambiar en un instante.

Porque la Palabra del Señor, que hemos recibido en su ministerio, es como la lluvia, o como la nieve, que empapa la tierra, y la hace fecunda. Es palabra que ha de volver a Dios... pero después de haber

transformado el mundo.

Por eso, en este tiempo de despedida, siempre nos queda la palabra. Es el tiempo de recordar, pasando por el corazón, es el tiempo de saborear sapiencialmente, paladeando la palabra que el Señor nos ha entregado en el ministerio de este Buen Pastor. Él mismo nos ha enseñado cómo hacerlo: al principio, siempre la Palabra, contemplada, adorada, acogida en silencio creyente. En el camino, dejar que la Palabra acampe entre nosotros, compartiendo la historia, siendo luz, comunicando su vida. Y, en todo momento, acogerla en el interior, para que pueda encarnarse, para que se convierta en historia. Es el modo en que Juan Pablo II le pedía a los Obispos del mundo entero que entregasen la palabra a sus comunidades al escribirles su exhortación *Pastores Gregis*: «En el seno de la comunidad y ante ella, no es simplemente palabra del Obispo como persona privada, sino del Pastor que confirma en la fe, reúne en torno al misterio de Dios y engendra vida». Por eso, la despedida del Pastor, como la de Pablo ante los ancianos de Éfeso, siempre remite al Señor que lo ha enviado: «Ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra».

A. JESÚS G.^a FERRER



Memoria agradecida

Pasan los trabajos y los días, pasa la figura de este mundo, pasa el entusiasmo fugaz y cautivo del instante. Pero hay cosas que no pasan... Permanecen para siempre... Como el amor ofrecido y entregado con pasión, constante, sincero y fiel a cada persona que comparte con nosotros el vivir y la existencia.

D. Victorio se nos va, y a la vez se nos queda en tantos recuerdos. Hemos podido reconocer en su vida y en su ministerio la voz de Aquel que envió a los suyos a anunciar la Buena Noticia. En el nombre de Dios, en su nombre, hoy, hacemos «memoria agradecida» por la entrega de quien como Pastor bueno ha acompañado con su corazón encendido a los hombres y mujeres de esta tierra. Si Dios guarda memoria de cada uno de sus hijos ¿cómo no hacerlo nosotros?

Y es «agradecida» porque nos seduce encontrar entre las luces y sombras de nuestra Iglesia hombres buenos que no han tenido más empeño que hacer del Evangelio, una palabra viva, anunciada y vivida. Estamos viviendo sometidos a la dictadura de la sociedad y la cultura de hoy que nos impone, sin preguntarnos, valores y metas, actitudes y sumisión ante el discurso vacío de quién promete la felicidad y nos entrega, después de muchas vueltas, el desengaño. Ante la pesadumbre de la existencia hace falta la voz y la palabra del profeta del Señor que nos despierta del sueño y nos enseña con su vida el horizonte de la esperanza. Así, de manera sencilla y humilde nos ha acompañado la presencia de Victorio Oliver. Hombre de Dios, esposo de esta Iglesia de Orihuela-Alicante, amigo, her-

mano, compañero. Le hemos oído cercano y sentido compasivo. Le hemos visto sonriente y esperanzado y en sus gestos próximo y fraterno. Hemos escuchado la Buena Noticia del Amor de Dios sin adulteraciones, sin rebajas, con la frescura de la palabra limpia y pura como si acabara de nacer. ¿Qué más se puede pedir a quién nos ha querido servir, acompañar y animar en el nombre del Señor?

Hemos vivido juntos tiempos de «sembrar con lágrimas» y, también, tiempos de cosechar «entre cantares». Tiempos difíciles para ser testigos del amor de Dios en medio de los azares de este mundo. Frente al pesimismo de quienes creen que nada se puede cambiar, él, Pastor bueno, nos ha ofrecido el horizonte de los sueños de Dios. Ante la soledad de quien se siente abandonado en este

mundo, él nos ha entregado la palabra colmada de compañía y esperanza. Sus anhelos y afanes han sido los nuestros. Sus lágrimas y ansias han sido las nuestras. Su corazón, herido de mal de amores, ha sido el latir del nuestro. Por eso, hoy, en «memoria agradecida» elevamos al cielo una plegaria al Dios Vivo, dueño del tiempo y de la historia. Es una oración de acción de gracias, de reconocimiento, de alegría y también de añoranza por su ausencia.

Cuando un hombre vive en la desnudez de la verdad y pone en manos de Dios sus destinos y azares será capaz de acoger con la sencillez de la confianza el futuro cargado de esperanzas e incertidumbres y no temerá ni la gloria del reconocimiento ni el dolor de la soledad. Porque sólo en Dios descansa el alma y las demás seguridades humanas son

puro desasosiego. Por eso, la Iglesia de Dios que camina en estas tierras guardará «memoria agradecida» a quién ha sido su Pastor, profeta en medio de tantos silencios y testigo del amor entrañable de Dios.

Y la andadura continúa... Quien nos ha llamado y enviado no cesa de encomendarnos otras tareas y servicios, otros amores y otros rostros cargados de historias y otra almas a quién curar y servir. Estamos seguros que para D. Victorio el próximo ministerio que le espera será más escondido pero no por ello menos fiel, entusiasmado y fecundo. Y orado, sentido y vivido «en el nombre del Señor».

MANUEL DE MAYA



A todas las comunidades

Queridos hermanos y hermanas:

Escuchamos un año más la noticia de los Ángeles: «¡Os ha nacido el Salvador!». La anunciaron con la alegría de sus cantos. Esa inmejorable noticia, guardada por la Iglesia, ha cruzado los siglos. Y está resonando en este Navidad de 2005. ¿La estáis oyendo?

«¡Nos ha nacido el Salvador!». Es la noticia que nos

es la prueba patente de que el hombre vale mucho para Dios.

Corred la voz, como os decía; que llegue clara a los pobres y desesperanzados, a todos los enfermos, a los que sufren, a los sin techo, a los emigrantes, a los prisioneros, a todos. Así lo encargaba ya Isaías. Acercaos a decirla a los alejados. Vamos a anunciarla con el servicio, con la solidaridad, con el amor.

En estas fiestas, dejadme entrar en vuestra casa, para desearos la paz en vuestro hogar. Que la paz os mantenga cálida la convivencia familiar. Que llegue la paz a nuestras ciudades, pueblos, pedanías, partidas, a todos los barrios e instituciones populares.

Felicito con respeto y cordialmente a nuestras Autoridades.

Y con abundancia y de corazón os la deseo a cada comunidad parroquial, a todos los grupos, con vuestro párroco y sacerdotes. Recuerdo a las comunidades



religiosas entre nosotros. Paz para los movimientos apostólicos, asociaciones y cofradías. Daos la paz. Es el Señor quien nos desea la paz, y nos la da. Su paz se hace de verdad, de justicia, de libertad, de amor y de misericordia. Esa paz es Él, porque ¡Cristo es nuestra Paz!

El Adviento de nuestra comunidad diocesana, este año, está marcado por la espera del nuevo Obispo, D. Rafael. A él esperamos. Sabemos que nos lo envía el Señor. Con Él viene a noso-

tros. Desde esta Iglesia, a la que llegará, le felicitamos la Navidad, le deseamos la paz del Señor y estamos rezando por él.

Queridos hermanos y hermanas: es la última Navidad que vivo entre vosotros. Recordaré estos años vividos y compartidos con vosotros, gozando de vuestro amor a la Iglesia, de vuestra responsabilidad y trabajo pastoral, de vuestra colaboración en el Plan Diocesano. No me olvidaré de que el Señor se me ha hecho presente en tantos

encuentros con vosotros. En mi oración estáis y recordaré vuestro afecto y tantas muestras de amistad sincera. El Señor con su gracia esté cada día con vosotros.

Os confío a la Virgen, Nuestra Señora, Mare de Déu, tan querida por todos.

Mi saludo y despedida es de hermano,

La noticia de la Navidad no son los reclamos comerciales o el despilfarro sin sentido. La Navidad verdadera, lo sabéis bien, se hace del gozo sereno de que Dios ama al hombre, a todos los hombres.

repetimos unos a otros y su certeza nos inunda de gozo y esperanza. Además nos toca correr la voz y proclamarla con entusiasmo. ¿No veis que nuestros hermanos necesitan escucharla y conocer la verdadera Navidad?

Porque la noticia de la Navidad no son los reclamos comerciales o el despilfarro sin sentido. La Navidad verdadera, lo sabéis bien, se hace del gozo sereno de que Dios ama al hombre, a todos los hombres. Cristo, nacido de Santa María, a las afueras de Belén,



Corred la voz; que la Noticia llegue clara a los pobres y desesperanzados, a todos los enfermos, a los que sufren, a los sin techo, a los emigrantes, a los prisioneros, a todos.

«En el nombre del Señor»

Hace apenas quince días recibíamos la noticia de que su Santidad el Papa Benedicto XVI había aceptado la renuncia al gobierno pastoral de nuestro obispo D. Victorio Oliver y había nombrado a D. Rafael Palmero, obispo de Palencia, como nuestro nuevo Obispo y Pastor. Ese mismo día me enteré de la noticia a través de la página web de la diócesis y, la verdad, se produjo en mí un sentimiento de agradecimiento a Dios, no sólo porque la diócesis recibe un nuevo Obispo con todo el profundo significado de garantizar la sucesión apostólica, sino también y sobre todo porque el Señor nos ha bendecido con D. Victorio durante diez años de su vida y labor pastoral. Quiero dar gracias como persona y sacerdote, porque durante todo este tiempo D. Victorio ha sido un regalo de Dios para mí y para toda nuestra diócesis.

«En el nombre del Señor», así reza su lema episcopal y así llega a nuestra diócesis. En el nombre del Señor ha sabido transmitir la Vida del Espíritu a todas las gentes y a todas las



instituciones. Su semblante, su sonrisa, su carácter abierto y cercano nos hacía presente al Señor en medio de nosotros. Un hombre que ha caminado junto a nosotros en los momentos fáciles y difíciles, de alegría y de tristeza; un hombre que ha hecho suyas nuestras preocupaciones, que nunca te ha dejado solo porque su mano y su corazón siempre han estado abiertos y tendidos para atenderte cuando lo has necesitado; un hombre que te escucha con atención, que ha primado ante

todo la situación de la persona, un hombre que ha sabido darse a todos sin hacer excepciones, que se ha preocupado por todos y que ha tenido especial sensibilidad por los más necesitados. Un hombre que ha sido nuestro hermano, como solía firmar en sus cartas. Un hermano mayor que nos ha cuidado y guiado en la fe, que se ha entregado y desgastado siendo testigo del Evangelio ante los grandes retos de nuestra sociedad y de nuestra diócesis.

JOAQUÍN CARLOS CARLOS
Director del
Secretariado de Misiones



D. Victorio ha sido un Pastor de corazón. Un corazón que se ha dejado ver incluso a través de sus cartas pastorales. Unas cartas que sabían llegar a lo más profundo de las personas, desde los mayores a los más pequeños, cartas que eran solicitadas y esperadas desde otros lugares lejanos.

Ha sido un Pastor de gran generosidad, desprendido, que ha dado «desde la pobreza», como dice el documento de Puebla, sobre todo en lo referente a lo misionero. Ha estado siempre atento a los misioneros y al sentir misionero de todos, pues siempre se ha mostrado abierto a dar misioneros a pesar de las necesidades de la diócesis. La misión siempre ha sido una de sus preocupaciones; es más, él ha sido el primer misionero, como me dijo en una ocasión haciendo alusión al decreto *Ad gentes* del Vaticano II, y ciertamente así lo vive y lo ha manifestado.

Un hecho que para mí resume la figura de D. Victorio, su cercanía, sencillez, amistad y buen pastor, es aquella tarde, al poquito de llegar a la diócesis, estando yo en la parroquia

de San Antón de Orihuela, en mis primeros años de sacerdocio, cuando me acerqué a despedirme después de una misa concelebrada en un pueblo de la Vega Baja, y me dijo: «¿Vas a tu casa?», y al responderle que sí continuó diciéndome: «Voy a visitarte». Fue una acción que me recordó a Jesús cuando se dirigió a Zaqueo y le dijo: «Baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Ese es D. Victorio, quien se te acerca para conocerte a fondo.

Quiero terminar resumiendo todo en una sola palabra pero ésta con mayúsculas: GRACIAS, D. Victorio. Gracias por ser quien es y como es, gracias por haber llegado hasta nosotros «en el nombre del Señor», gracias por estos años de entrega generosa a nuestra diócesis, gracias por estar ahí siempre que lo hemos necesitado. A pesar de su partida, siempre estaremos unidos en la oración y en el sacrificio del altar.

¡GRACIAS! Don Victorio, de tantos maestros en la Escuela

¡Gracias! Es la expresión que recoge el sentir de tanta gente que ha reconocido en don Victorio una vida entregada con pasión a su Iglesia de Orihuela-Alicante. Expresión que recojo especialmente del eco de tantos profesores con los que comparto mi tarea y que han sentido cercana su persona unida siempre a sus palabras cálidas de aliento.

Es una acción de gracias que dirigimos a Dios porque ha sido don Victorio un buen pastor en el que hemos sentido la voz del Maestro, en el que hemos comprobado que Dios es fiel a su promesa de darnos los pastores propicios a cada tiempo. Verdaderamente ha acompañado nuestro quehacer diocesano, nos ha dirigido al norte de nuestra identidad y de nuestra misión deletreando y aplicando los planes de Pastoral. Como padre paciente no ha forzado, con prudencia ha esperado, con acierto nos ha corregido.

Un hombre entregado plenamente a su misión sin descanso, con la agenda apretada, con la palabra preparada. De este modo estimulaba nuestra tarea. Ha tenido tiempo para el encuentro con todos, en sus visitas se ha dejado encontrar por el que le buscaba. Al mismo tiempo traslucía que oraba lo que vivía, así encontraba su descanso.



A los profesores cristianos nos ha transmitido siempre su ardor apostólico y su serenidad. Han sido muchos sus en-

cuentros con nosotros, numerosas sus palabras en los distintos encuentros y celebraciones. Ha hecho que profundicemos en el origen de nuestra vocación docente como llamada y que lancemos nuestra vida como servicio a la persona. Nos ha llamado a ser maestros con fe firme, competencia profesional, y unidos en Iglesia, para cooperar en la apasionante ta-

rea de educar a tantos niños y jóvenes, protagonistas de la sociedad del mañana.

Hoy nuestra tarea no es fá-

JOSÉ M.ª FERNÁNDEZ-CORREDOR SORIANO
Delegado de Educación en la Fe



cil, todo vale, se coartan libertades, se cuestiona nuestra contribución al bien común de la persona educando desde la libertad de la comprensión y vivencia de la fe cristiana. Aquí también hemos escuchado sus palabras respetuosas de denuncia y de llamada a nuestra cualificación personal docente unida a la coherencia de nuestra propia vida. Sólo la confianza de saber en manos de quién estamos nos da auténtica serenidad y esperanza.

Nos ha enseñado a ser maestros con su pedagogía evangélica, ha utilizado continuamente el relato y la parábola que encierran la fuerza de la verdad. Ha estado cerca de nosotros en la celebración de la Missio y Envío de inicio de curso; en el encuentro anual de profesores; en muchos colegios reuniéndose con los claustros de profesores y muchas veces entrando también en las aulas de los pequeños y grandes; ha celebrado en muchos colegios católicos la Confirmación y nos

ha visto con muchos niños y jóvenes en los encuentros diocesanos. Siempre ha sabido adaptarse a cada situación, nos ha asombrado captando siempre la atención con un mensaje sencillo y motivador. Muchos niños y jóvenes siempre lo recordaran, guardarán las cartas que él les escribía y a las que algunos le contestaban y volvían a recibir su respuesta personal.

La vida cristiana nos hace vivir en eternidad, don Victorio no se marcha, su persona y enseñanza nos deja una huella como la de tantos otros maestros, catequistas, sacerdotes de los que el Señor se sirvió para tocarnos personalmente. Los cristianos vivimos la unidad continua con Dios Padre y con todos los hombres nuestros hermanos. Lo bueno permanece. Muchas gracias.

PATER PAUPERUM

ANTONI ESTEVE I SEVA
Delegado Episcopal
en Cáritas



Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Gregis*, en el número 67, trata de la relación del obispo con el mundo de la pobreza y de la injusticia y allí se dice de él que es «profeta de la justicia», «defensor de los derechos del hombre» y, sobre todo, con profundas raíces patrísticas, «padre de los pobres». Con este título se quiere indicar la ternura y la compasión predilecta que un padre y pastor siente por los más empobrecidos. En Cáritas podemos dar testimonio del amor preferencial con el que D. Victorio ha tratado a los pobres desde la convicción profunda de la presencia del Crucificado en sus personas crucificadas.

En efecto, D. Victorio nos indicó que tratásemos, en primer lugar, de animar a las comunidades parroquiales a que organizaran su servicio a los pobres constituyendo su caritas parroquial respectiva a partir de la tarea básica y tradicional de la atención primaria, desde eso tan necesario de las sociedades postmaterialistas avanzadas de la acogida, de la información de los derechos sociales y de la cooperación con la sociedad civil. En concreto podemos decir que en el año 96 había un 36% de parroquias con Cáritas parroquial constituida, al final del 2005 podemos decir que estamos en un 64%.

En segundo lugar, D. Victo-

rio nos pidió que nos pusiésemos a la tarea de potenciar la acción pastoral promocional, en virtud de la cual se pretende liberar el servicio diaconal de asistencialismo, clientelismo y paternalismo con el fin de que el pobre desarrolle sus capacidades y pueda asumir, en lo posible, el protagonismo de la reconstrucción de su identidad y de su reinserción social. En estos momentos ya dispo-



nemos de unos cuantos programas diocesanos que tratan de animar a las comunidades parroquiales a la tarea de la promoción: migración, empleo, sida y cooperación internacional.

En tercer lugar, hemos empezado, con nuestro obispo, a intuir que la lucha contra la pobreza es también compromiso en la transformación de las

estructuras de pecado que generan violencia, injusticia y exclusión con el fin de que nuestra sociedad vaya asumiendo el modo de vida al que nos invita el reinado de Dios, es decir, la justicia, la paz y la inclusión social. Esta perspectiva de la acción de caridad está directamente vinculada a eso que nuestros obispos llaman el compromiso del cristiano en la vida pública, ya que se puede

servir a los pobres haciendo acogida en la atención primaria, desarrollando un proyecto promocional de empleo y asumiendo una concejalía municipal, o una responsabilidad empresarial o un cometido cultural desde la llamada y la opción preferencial por los pobres.

En cuarto lugar, con D. Victorio hemos aprendido que

no estamos solos los cristianos en esta lucha contra la pobreza y que estamos todos los humanos llamados a conjurarnos contra ella desde el paciente trabajo en red. Trabajo coordinado, primero en las Cáritas parroquiales, con el desafío de la red eclesial arciprestal, y desde ella con la comunidad diocesana, y desde la red eclesial abrimos y conectamos con la red civil en la que nos encontramos con los ayuntamientos, con las empresas y con las ongs, para, todos unidos, comprometernos para que sobre todo los pobres disfruten del bien común. En estos momentos estamos dentro de la coordinadora española de Ongs y en la EAPN, red europea de ongs con interlocución en la Unión Europea.

El desarrollo y la reflexión en el marco de la Confederación de Cáritas Española nos conduce a considerar que la consistencia de nuestra Cáritas Diocesana es de animación, asesoramiento y apoyo de la comunidad eclesial, más que de gestión de servicios que quedaría en manos de las comunidades parroquiales ya que ellas son las que deben determinar con qué servicios concretos se disponen a atender a los pobres como lenguaje evangelizador. Cáritas Diocesana anima a la comunidad cristiana, sobre todo por medio de la sensibilización y comunicación, así como por medio de

formación e investigación social. Seguimos sensibilizando con las campañas sistemáticas y habituales y vamos aprendiendo a relacionarnos con los medios de comunicación social. Por otra parte, disponemos de un Plan Diocesano de Formación que regula las ofertas anuales que hacemos a la demanda de las parroquias y hemos hecho algún trabajo de investigación, como el mapa social de la diócesis, las migraciones en la provincia y tenemos en proyecto otro sobre la pobreza en nuestras comarcas.

He querido hacer este resumen de lo más sustancial de estos años de pontificado de D. Victorio para dar testimonio de que hemos tenido momentos difíciles, pero que en general el saldo resulta muy positivo sobre todo para los pobres y que la comprensión, confianza y pastoreo de D. Victorio tiene mucho que ver con todo ello. Estoy seguro, D. Victorio, de que se queda en los corazones de los que formamos la gran familia diocesana de Cáritas y, lo que es más importante, en el de muchos pobres que desde su pastoreo han sido atendidos, cuidados y promocionados en nombre de Jesús. Hasta siempre D. Victorio, amigo, hermano y pastor.

nadie sin futuro

«Construyamos un lugar común»

✚

Éste es el lema para la campaña de Cáritas estas navidades. Una mano de un niño o niña con una bola del mundo es la imagen que acompaña al lema «Construyamos un lugar común-nadie sin futuro».

Un año más llega la Navidad, tiempo de esperanza, encuentro, alegría, paz y reconciliación ¿para todas las personas? Cáritas quiere recordar en estas fechas que sigue habiendo muchas personas excluidas por su situación económica, que padecen soledad o adicciones, que carecen de empleo, que viven en la calle o que son discriminados por su procedencia.

Es tiempo de Navidad, un Niño nos ha nacido.

ACCIÓN DE GRACIAS



Querido D. Victorio: Hoy es un día de fiesta para todos los niños y para usted porque sabemos que le gusta estar con nosotros.

No queremos que nada pueda borrar esta alegría, pero hoy no podemos olvidar que éste es el último encuentro que los niños y niñas de esta diócesis vamos a tener con usted.

Hace nueve años, cuando el Señor le mandó a nuestra diócesis, el primer acto que tuvo aquí fue con nuestros catequistas ¿Se acuerda?... Era la primera vez que se reunía con ellos al venir a Alicante.

Hoy, está con nosotros los niños cuando no falta mucho para dejar nuestra diócesis. El Señor ha querido que los niños, a los cuales tanto quiere, hoy le pudiéramos decir alguna palabra.

No queremos hacer una despedida porque no queremos que se ponga triste, pero sí queremos darle las gracias de todo corazón por haber sido nuestro Obispo, nuestro Padre y nuestro amigo.

Gracias por preocuparse por nuestras familias, de nuestros catequistas, de nuestros sacerdotes, de nuestros colegios.

Sabemos que cada día, muy temprano, pasa un rato largo hablando con el Señor, rezando a Jesús. Sabemos que le pide muchas cosas. No se olvide de nosotros, los niños y niñas de esta diócesis, cuando le hable a Jesús, usted que está tan cerca de Él. Pídale que nos ayude, que no perdamos nunca la ilusión por ser buenos cristianos, que sepamos responder a la llamada que a todos nos hace.

Muchas gracias, D. Victorio. Esperamos que haya estado a gusto con nosotros. A su lado nosotros siempre lo hemos estado.

Nos escribió una carta invitándonos a venir a este encuentro y ya ve, somos muchos niños y niñas los que hemos venido; nosotros no tendremos otra oportunidad para decírselo: gracias D. Victorio, Obispo, Padre, pastor y amigo, los niños le queremos y siempre tendrá un lugar junto a nosotros.

«CONTAD CONMIGO» ...nuestro Obispo con los jóvenes

Queremos empezar haciendo nuestra la canción que los niños le cantaron en el último encuentro de infancia con la conocida música de «Cómo nace un río»:

«Hoy también los jóvenes gracias van a dar. / D. Victorio, amigo, aquí siempre estarás (se señala el corazón). / Siempre serás nuestro amigo hasta la vida eterna... / Amigo que nos vino en nombre del Señor...»

Estas sencillas palabras condensan los sentimientos también de nosotros los jóvenes en estos años junto a nuestro Obispo.

Hace unos años Dios quiso que lo conociéramos realmente como es él. Nos dimos cuenta del trato que tiene con todo el mundo, sobre todo con los más pequeños. En los encuentros los niños siempre le rodean y si ellos lo hacen es porque se encuentran queridos por él. Si te acercas y le escuchas puedes comprobar el cariño con el que les trata, siempre sonriendo, cariñoso con todos, como el «abuelo» de todos.

Con los jóvenes su actitud también es de alguien muy cercano. Nos pregunta qué tal va nuestra vida, nuestros estudios, nuestro trabajo... Se interesa por nuestras familias y por nuestras parroquias. Sabe que nosotros somos jóvenes y está convencido de que somos una parte muy importante de nuestra Madre la Iglesia y por eso nos anima a seguir adelante con el proyecto que Dios tiene preparado para cada uno de nosotros.

Don Victorio nos ha acompañado a todos los jóvenes cuando peregrinamos a Santiago a venerar al Santo Apóstol en varias ocasiones, a seguir los pasos del Santo Padre en los encuentros mundiales de la juventud. Ha participado de nuestros cantos, de nuestras actividades, de nuestra alegría de ser cristiano, como en la Plaza Mayor de Madrid, entrando con nosotros en Santiago encabezando la peregrinación, recibiéndonos en Colonia tras muchas horas en autobús... Son muchos recuerdos los que ahora nos vienen a la mente y al corazón.

Nuestro obispo quiere a los jóvenes: en sus palabras hemos descubierto el interés y el dolor de padre, en algunas ocasiones, por tantos jóvenes que no conocen o han olvidado a Jesucristo. Siempre nos ha recordado a los jóvenes que tenemos que ser apóstoles para los demás, que debemos salir a su encuentro... que Cristo cuenta con nosotros y que esto sólo se puede hacer cuando hay un amor grande a Jesucristo.

D. Victorio ha sido esa voz amiga que nos ha recordado tantas y tan-

dotes, a nuestra Diócesis... sin perder de vista a los más necesitados, cosa que tantas veces nos ha recordado nuestro Obispo.

Hemos podido contar con nuestro Obispo, ahora él, y nuestro nuevo Obispo pueden contar con los jóvenes de Alicante. No somos muchos, pero cogemos el testigo que nos ha dejado D. Victorio para anunciar cada día a Jesucristo, para hacer que el Evangelio llegue a los jóvenes de esta tierra.

GRACIAS por haber venido a estas tierras levantinas, GRACIAS por



tas veces que nosotros los jóvenes somos la luz en el mundo y la sal de la tierra. Cuántas veces nos ha animado a seguir el ejemplo de vida que él con tanta fuerza a proclamado.

Su palabra tiene fuerza de gran creyente, de coherencia, de buen Pastor.

«Contad conmigo», nos ha dicho siempre, y esto es algo que a los jóvenes nos ha dado empuje; saber que contamos con el apoyo, la oración y la palabra de nuestro Obispo y de los sacerdotes que él ha puesto a nuestro lado.

A pesar de las muchas tareas, nunca a faltado allí donde estábamos los jóvenes, encuentros, peregrinaciones, vigiliass... siempre con una palabra de ánimo, de esperanza, de Evangelio.

Muchos jóvenes hemos aprendido durante este tiempo a ser creyentes y a serlo en nuestra Iglesia, amando a la Iglesia, al Papa, a los sacer-

hacer un sitio a los jóvenes en la Iglesia y hacernos ver cómo la Iglesia nos quiere, GRACIAS por acercarnos un poco más si cabe a nuestra fe y en algún momento habérmola presentado por primera vez, GRACIAS por sentarte junto a nosotros a orar y darnos la Eucaristía, GRACIAS por abrirnos las puertas del corazón de la Diócesis, nuestro seminario, GRACIAS por habernos invitado a caminar junto a Vd. de tantas y tantas maneras distintas, GRACIAS por haber apoyado a esos jóvenes cuando han escuchado la llamada de Dios, porque con su ejemplo los ha animado, GRACIAS por estar siempre ahí... Acabamos cantando de nuevo:

«Siempre serás nuestro amigo... hasta la vida eterna.

Amigo, Obispo y compañero que nos vino en el nombre del Señor...»

ISRAEL, LUCÍA, VERÓNICA, RAFAEL, MARÍA... y muchas firmas más.

La vida es lo que importa



LUCIO ARNAIZ

En enero de 1998, parroquia Virgen del Remedio de Alicante. El Obispo acaba de celebrar la Eucaristía; los feligreses charlan animadamente a la puerta del templo; el pastor se encuentra feliz, rodeado y querido por el pueblo cristiano. Algunos feligreses son manchegos de nacimiento y el Obispo les va recordando con cariño personas y circunstancias del pueblo de sus amores. Esta memoria episcopal, cargada de ternura, va tejiendo una profunda unión entre el pastor y el rebaño. En esto, el Obispo

observa una mueca de tristeza en la mirada de una mujer. «Te veo triste, mujer. ¿Qué te pasa?». La mujer se emociona y llora. «Sr. Obispo, la semana pasada murió mi cuñada; tenía 37 años». Al pastor se le saltan las lágrimas; su mirada atenta ha leído el dolor de aquella mujer y su corazón lo ha hecho suyo. Ahora la mujer se ve reconfortada por la cercanía y el consuelo de su Obispo. «Dichosos vuestros ojos porque ven». «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de los cristianos».

Septiembre de 2000, El Escorial (Madrid). El obispo de Orihuela-

Alicante es el ponente principal de las Jornadas Nacionales de Pastoral Gitana. Más de cien agentes de pastoral de toda España disfrutamos de una hermosa intervención titulada «La atención a la vida en el proceso evangelizador». El ponente empieza su intervención pidiendo perdón por su escaso conocimiento de los gitanos, pero enseguida nos entusiasma a todos narrándonos diferentes pasajes del Evangelio en los que Jesús se muestra muy atento a la vida concreta de las personas. Es verdad, no es un experto en cultura gitana, pero el Evangelio y la vida brotan de sus labios espontáneamente.

Nos ayuda a comprender que es la vida concreta de personas como nosotros la que Dios convierte en historia de salvación. Jesús ha puesto su tienda de campaña entre nosotros y desde la cercanía nos regala la misericordia entrañable del Padre. La evangelización de payos y gitanos sólo es posible desde el misterio de la Encarnación. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».

D. Victorio, la profundidad de su mirada, el regalo de su cercanía, su pasión por la vida y su familiaridad con la Palabra nos hacen presente la Buena Noticia de Jesús de Nazaret.

Victorio, hermano y amigo

Hay entrevistas que no me gustaría tener que hacerlas. Ésta es una de ellas. Ya el mismo paisaje es triste: estanterías vacías, mesas desnudas, blanco, mucho blanco en todas las direcciones. La casa da la sensación de ser un cuerpo que pierde calor, que pierde el alma. Un amigo se va y la vida queda herida. Esta entrevista quiere ser ese diálogo último, casi postrero, con don Victorio, nuestro obispo, un hermano, un entrañable amigo al que ha sido muy fácil querer, porque él nos ha amado más. Soy consciente de estar ante un hombre bueno y me pregunto de dónde ha sacado tanta bondad para compartirla con los hermanos. Debe haber un gran pozo de Espíritu dentro de él y le digo: ¿Cuáles han sido las claves espirituales de su vida?

Fundamentalmente dos: Jesucristo y la Iglesia.

Para la primera clave, Jesucristo, tendría que remontarme, como un momento muy importante para mí, y que enmarcó todo el proceso posterior, a cuando, después de hacer los Ejercicios Espirituales de 15 días con el padre Nieto en Comillas, entendí que el Señor me llamaba para ser sacerdote. Descubrir esta llamada cambió totalmente mi vida, los proyectos, las perspectivas... Y al decir «ser sacerdote» emerge con mucha fuerza Jesucristo. Jesucristo ha marcando mi vida, Jesucristo vivido a través de muchas experiencias. Primero vivido desde la euforia de la juventud. Era tan fuerte la pasión por él que pensaba que te pidiera lo que te pidiera eso había que hacerlo. A esto contribuyó mucho el clima de Comillas y del padre Espiritual, el padre Nieto. El Señor Jesús, su paciencia, su historia viviente, marcó la decisión definitiva de seguirle. Aquella experiencia de joven, vivida en un momento de serenidad y de paz, fue totalmente decisiva para mí, Cristo no ha necesitado ninguna otra insinuación para seguirle. Un detalle: así como para ser sacerdote fui con mucha ilusión, cuando tuve noticia de que el Papa pensaba en mí para ser obispo me produjo una turbación muy grande. En aquellos momentos Cristo era lo importante y entendí que la fuerza estaba en él. Al recibir el nombramiento de ser obispo con el cardenal Tarancón me vino la imagen de

“ He ido perfilando que entender bien la Iglesia es ser fiel a Jesucristo, y que ésta es la manera que yo tengo de amar al mundo, porque si la Iglesia no sirve a los hombres de hoy, dejaría de ser la Iglesia de Jesús. Si amo a la Iglesia tengo que amar a los hombres, porque no se entiende una Iglesia que no sea samaritana.

“ Desde la ordenación episcopal siempre me ha rondado una idea, que me ha cuestionado muchas veces. Es esa frase del himno de la carta de los Filipenses: «uno de tantos».



David y Goliat. Goliat era Madrid y la tarea de ser obispo, y David era yo, no me quedaba más que fiarme de Jesucristo.

Con la ordenación de obispo entró con mucha fuerza otra clave, y fue la clave de la Iglesia. Me pusieron un anillo en la mano, y ese anillo tenía la característica de lo esponsal. A partir de ese momento ha sido muy importante la Iglesia, aceptada con la realidad que tiene, de sus riquezas y de sus pobreza. He ido perfilando que entender bien la Iglesia es ser fiel a Jesucristo, y que ésta es la manera que yo tengo de amar al mundo, porque si la Iglesia no sirve a los hombres de hoy, dejaría de ser la Iglesia de Jesús. Si amo a la Iglesia tengo que amar a los hombres,

porque no se entiende una Iglesia que no sea samaritana, como hemos dicho en uno de los años de nuestro plan pastoral. Junto a estas claves también están muy acentuadas en mi espiritualidad el amor a la eucaristía, la devoción a la Virgen María y el deseo de ser fiel a la oración.

Éste es el secreto de don Victorio: un inmenso amor a Cristo y su Iglesia, y en ellos está viendo a los hombres, a los que ha amado con cariño de amigo. En todos ha dejado la huella de un obispo que ha estado cerca de la gente, que ha dialogado, que ha sabido escuchar. En el tono de claves le pregunto sobre las claves de su quehacer pastoral.

Si me remonto a los primeros años, mi pastoral era el seminario, porque de los estudios fue destinado directamente al seminario, y me apasionaba el seminario. El seminario no lo veía aislado, sino como el corazón de la diócesis. Sentí muy de cerca al presbiterio. Querer a los curas ha sido siempre una pasión muy fuerte.

Desde la ordenación episcopal siempre me ha rondado una idea, que me ha cuestionado muchas veces. Es esa frase del himno de la carta de los Filipenses: «uno de tantos». Jesucristo así fue definido: «uno de tantos». Entendía que el Señor quería que lo expresara con la cercanía, estando lo que pudiera tocando la realidad de mis hermanos los sacer-





“ El mundo obrero y la pastoral con los laicos fueron encargos que se me hicieron porque yo también venía de la Acción Católica; pero que luego se ha ido acentuando por las sucesivas encomiendas que se me hicieron en el arzobispado de Madrid y en la Conferencia Episcopal Española.



dotes y los hombres, no teniendo actitudes de engreimiento. Dentro de la cercanía aparece desde los comienzos el tema del mundo obrero y de la pastoral con los laicos. Fueron encomiendas que se me hicieron porque yo también venía de la Acción Católica; pero que luego se ha ido acentuando por las sucesivas encomiendas que se me hicieron en el arzobispado de Madrid y en la Conferencia Episcopal Española.

do ramas nuevas, brotes nuevos. Teníamos una metodología de trabajo, una seriedad en los estudios y unos planteamientos en los que había una capacidad de acogida de todo lo nuevo, incluso de acogerlo con gozo. Este aspecto me parece interesante.

Los laicos son una de las pasiones de don Victorio. Desde el comienzo de su ministerio episcopal ha estado muy relacionado con el laicado español, con



Don Victorio huele a concilio por todos los lados. Siento curiosidad por saber cómo vivió aquellos momentos tan importantes para la Iglesia. Después de 40 años de concilio le invito a volver la vista atrás y a comentar alguna experiencia de todo lo vivido.

Tengo una lección que es interesante. Yo tuve una formación escolástica, mis profesores eran preconciarios. Los teólogos que hicieron el cambio en el enfoque de la teología eran hombres que se habían formado en la misma filosofía y la misma teología en que yo me había formado. Las grandes figuras que recordamos y que influyeron en la nueva corriente que el concilio propuso eran gentes, una generación anteriormente a mí, que habían tenido los mismos textos que yo estudie, la filosofía y la teología que yo estudie. Esto me hace pensar que lo que yo he recibido no me estorba, «no me estorba». La formación que se nos dio te ofrecía una especie de tronco en el que ibas ponien-

su formación y su experiencia: ¿Que le diría a un cristiano laico de hoy para que viva con fidelidad su vocación?

Lo importante es que el laico sea un creyente y que Cristo sea alguien importante en su vida. Y no lo manifestará si no ama con pasión a la Iglesia. Y no servirá a la Iglesia si no sirve también al campo donde él está expresando y profesando su fe. Y al decir «amor a la Iglesia» quiero decir «amor a la Iglesia diocesana», y significa la comunión. El laico tiene que ser muy consciente de que si pierde esa corriente de amor a la Iglesia, será otra cosa, pero no un laico cristiano. La llamada a la vocación bautismal, que se expresa en la vida familiar, social, etc., se vive en el calor de una Iglesia, sobre todo en la Iglesia diocesana, y que esa pasión por la Iglesia tiene que llevarle a ser testigo en el mundo en que trabaja. Es muy importante lo que recordó el concilio sobre el trabajar asociado,

“ La pasión por la Iglesia tiene que llevar al laico a ser testigo en el mundo en que trabaja. Es muy importante lo que recordó el concilio sobre el trabajar asociado, y a ser posible sin trocear tanto. Está muy troceado el apostolado seglar. Tendríamos que hacer un esfuerzo por unirnos más.

y a ser posible sin trocear tanto. Está muy troceado el apostolado seglar. Tendríamos que hacer un esfuerzo por unirnos más, y saber que ellos van en el nombre de Cristo, y esto le supone una fuerza interior y un talante en el modo de mirar y servir a sus ciudadanos.

Don Victorio ha vivido entre nosotros casi diez años. Han sido unos años intensos y admirables en los que se ha entregado totalmente. Ha trabajado, y le hemos hecho trabajar, muchísimo. Pero lo ha hecho con amor, con ilusión, con serenidad. Creo que nos conoce muy bien, por eso le pregunto por nuestra Diócesis.

Puedo decir con sencillez y con verdad que la Iglesia de Orihuela-Alicante está viva, tiene vida. Y manifestación de ello es la vida y el testimonio de los sacerdotes. Unos sacerdotes entregados, muchas veces sobrecargados, pero que les

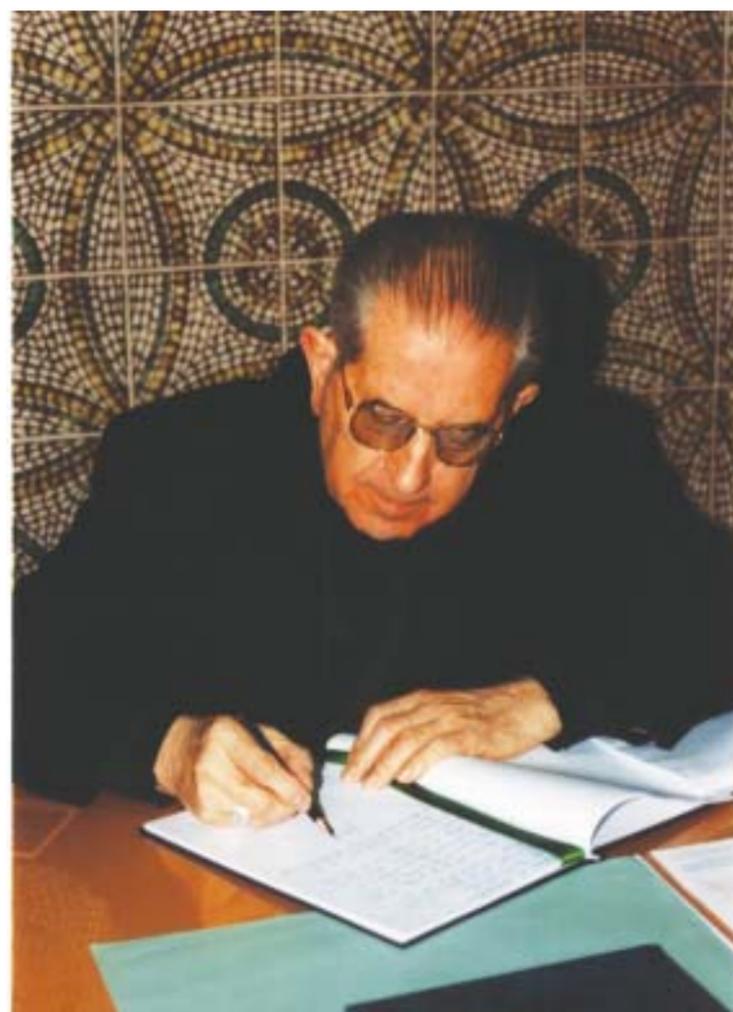


“ La llamada a la vocación bautismal, que se expresa en la vida familiar, social, etc., se vive en el calor de una Iglesia, sobre todo en la Iglesia diocesana.



“ Lo importante es que el laico sea un creyente y que Cristo sea alguien importante en su vida. Y no lo manifestará si no ama con pasión a la Iglesia. Y no servirá a la Iglesia si no sirve también al campo donde él está expresando y profesando su fe.

puede más la pasión por el Evangelio que la angustia. La diócesis está viva y se nota cuando repaso el calendario — que lo he repasado haciendo un resumen— y veo la actividad sobrealbunda: encuentros anuales con las familias, los niños que tuvimos el otro día, los jóvenes, los enfermos, los secretariados.... La vida de la diócesis se manifiesta también en las parroquias, en lo que están haciendo Cáritas, Manos Unidas y tantas organizaciones que trabajan en favor de los más pobres y necesitados, los centros escolares, las residencias para nuestras mayores... tantos y tantos gestos de vida. Además, como levantinos que sois, la creatividad aquí es exuberante, hay que vivir un mes o dos anticipadamente y estar permanentemente pensado y recreando.





Don Victorio es un obispo que ha amado y se ha hecho amar. Los cristianos de esta Diócesis quieren a Don Victorio, porque en todas las visitas que ha hecho a las comunidades han experimentado su bondad y su cariño. Pero amar significa también sufrir. Por eso le pregunto sobre sus heridas, sus cruces, sus dolores. ¿Dónde se ha sentido más identificado con la cruz de Cristo?

Me produce dolor todo lo que supone ruptura, desunión, falta de comunión. Entender que la comunión se rompe me cuesta porque es ir en contra de la voluntad del Señor. Me produce dolor cuando hay una falta de alegría. Estamos en la mejor causa, y el nombre de Jesús no podemos pronunciarlo con voz baja. La palabra «entusiasmo» significa «estar con Dios». El Evangelio no se puede pronunciar sin entusiasmo, ni el nombre de Jesucristo tampoco. En las emisiones deportivas, nuestros informadores cuando se produce el gol están un minuto entero gritando, para anunciar a Jesucristo tendría que estar tres días. El no poner pasión me produce dolor porque no sentimos el entusiasmo de ser cristino.

Me produce también dolor el no haber hecho bastante por los alejados, porque soy obispo también de los alejados. Tal vez absorbido por lo de casa no he tenido suficientemente presente a aquellos que estaban más lejos. Por otro lado, también tengo testimonios de gente que no frecuentan nuestra Iglesia y me han escrito estos días.

Don Victorio ha marcado con su cariño y su cercanía a los sacerdotes y los cristianos de esta Diócesis y todos hemos trabajado con ilusión junto a él. La pregunta que nos hacemos todos es: ¿Y ahora, don Victorio, qué, dónde va estar?

“Ahora me miro el anillo. El anillo me dice que tengo una esposa. El anillo no me lo van quitar, pero dentro de un mes yo no tendré esposa... Me miro y me da sensación de viudedad. Y eso sí que se siente.

¿Dónde voy a estar? Desde que le escribí la carta al Papa tenía que ir pensando sobre mi futuro. Había recibido muchas insinuaciones, invitaciones e insistencias de que me quedara en Alicante. Esa era una propuesta avalada, incluso un poco dicho anecdóticamente, por el clima. ¡Aquí viene todo el IMSERSO de España! Quiero agradecerlo. Son indicaciones, sugerencias, dichas de corazón, y tengo que agradecerlo sinceramente. Eso era una posibilidad. Como sistema de mi vida he seguido el criterio de ir donde el Señor me manda. No pedí venir a Orihuela, ni escribí ninguna carta al Santo Padre para que me mandara. Yo soy un mandado del Señor. He venido intentando, con muchas imperfecciones, servir y quereros. He cerrado una etapa. He terminado. Los hombres pasamos. Y si no me quedaba en Alicante, no debía quedarme en ninguna de las diócesis en las que he estado. Por otro lado, la tierra me tiraba. En la tierra tenía distintas opciones: o quedarme en Teruel, o buscar una zona más neutra como es Zaragoza. Voy a vivir

en Zaragoza en una casa de la comunidad de las Hijas de la Caridad de San Pablo. Allí tenéis vuestra casa.

Me pongo en su lugar y me imagino que debe ser un jirón muy fuerte en el corazón de un obispo dejar la Diócesis. Atrás quedan personas, muchas personas, pueblos, historias, esfuerzos y esperanzas sembradas... Le repito aquella frase de Pedro a Jesús: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Don Victorio hace años que lo dejó todo por seguir a Jesús y servir a su Iglesia, y hoy el Señor le pide más...

Ahora me miro el anillo. El anillo me dice que tengo una esposa. El anillo no me lo van quitar, pero dentro de un mes yo no tendré esposa... Me miro y me da sensación de viudedad. Y eso sí que se siente.

Decidle a los alicantinos que la Iglesia permanece, que Cristo quiere a Alicante y la Virgen María también, que acojan al nuevo pastor, que, como yo, viene enviado por el Señor. Creo que esta tierra, que he querido y seguiré queriendo, el Señor la ha puesto en manos muy buenas. Que recéis por mí porque, a parte de que en mis recuerdos estaréis, es una manera de sentirnos en comunión.

Un abrazo... a todos, a todos.

Nos fundimos en un abrazo tierno y de hermanos. A este obispo, que es más padre que otra cosa, no queda más remedio que quererlo. ¡Mira que es bueno este cristiano! En el corazón de todos los creyentes y no creyentes de esta tierra ha dejado la huella de alguien que ha sabido valorar, amar y apoyar al hombre mismo. Ha sido una gran lección de Evangelio el haber podido estar a su lado y un privilegio del Señor colaborar con él. ¡Adiós, don Victorio, hermano y amigo! No le olvidaremos.



¡Gracias, D. Victorio!

Recordamos con agrado, cuando Ud. nos eligió (aunque algo tuvo que ver aquí nuestro querido ami-

difícil de creer entonces. Yves Mari Gongar ya lo advertía: *La multitud que no se reduce a la unidad es confusión; la unidad*

chos laicos que con Ud. hemos colaborado, en cualquier área de la acción pastoral.

Con cariño también recor-



go Antonio Alcolea) para que fuéramos los directores del Secretariado Diocesano de Familia y Vida. ¡Unos laicos! al frente de un Secretariado Diocesano, perdónenos pero era algo

que no depende de la multitud es tiranía, pero Ud. ha sabido dar a la Iglesia de Orihuela-Alicante esa impronta de diocesaneidad y de unidad, en la que nos hemos sentido implicado mu-

damos su preocupación desde ese mismo momento, para que estuviéramos «bien espiritualmente». El matrimonio es lo importante, nos decía cada vez que tenía oportunidad. El ma-

ENCARNITA Y JOSÉ MIGUEL
Secretariado Diocesano de
Familia y Vida.



trimonio es la puerta de la familia; si éste está bien, la familia también lo está, nos repetía. Buscaba personas cercanas a nosotros para interesarse por nuestro ánimo, ha estado cercano en momentos de dificultad. Sabemos que seguirá así, ya que desde la oración seguro que velará por las familias de nuestra diócesis, y pidiendo al Señor que nos siga ayudando en nuestra labor, sea cual sea en esta querida Iglesia de Orihuela-Alicante.

Sin lugar a dudas, mucha gente va y viene en el tránsito de nuestras vidas, gente que, tristemente, no deja huella y otras (minoría) que dejarán por siempre una impresión perdurable y grata. Creemos firmemente que a este segundo tipo pertenecen hombres de la calidad humana de D. Victorio. Ha pasado por nuestra diócesis haciendo el bien, y seguirá haciendo el bien allí a donde vaya y siempre en el nombre del Señor.

De todos los sentimientos humanos la gratitud es el más efímero de todos. Y no deja de haber algo de cierto en ello. El saber agradecer es un valor en el que pocas veces se piensa. Ya nuestras abuelas nos lo decían

«de gente bien nacida es ser agradecida».

En nombre de todo el Secretariado Diocesano de Familia y Vida, de todas las familias de nuestra querida diócesis y en especial de nuestras hijas María, Isabel, Ana y el nuestro propio, permítanos que le agradezcamos el celo pastoral y su cercanía a todos los que hacemos la iglesia de Orihuela-Alicante; con algo efímero, pero sincero: un fuerte ¡beso! Don Victorio, le queremos.

Permítanos, D. Victorio, que cerremos estas líneas de agradecimiento usando las palabras de la Madre Teresa de Calcuta. Decía Teresa:

«No estamos en este mundo para hacer bulto, para cuadrar las cifras. Estamos porque Dios nos ha elegido para llevar a cabo una misión. Misión que Él logrará llevar a cabo, a no ser que nosotros pongamos obstáculos: porque Dios no nos forzaría.»

¡Gracias!, D. Victorio, por no poner obstáculos.

Desde la Delegación de Liturgia

Cuando llegó D. Victorio, lo que ahora es «Delegación de Liturgia» era «Secretariado de Liturgia», dependiente de la «Delegación de Educación en la Fe». Llegado el momento de la reforma de la Curia Pastoral, elevó el Secretariado a «Delegación de Liturgia», con tres Secretariados, para abarcar mejor los distintos aspectos en que incide la Liturgia:

Secretariado del Culto divino, para la preparación y realización de celebraciones, elaboración de ayudas o «subsidios» para ciertos días, y otros elementos relacionados con la celebración.

Secretariado de Formación, para la organización de cursillos, asesorar a las parroquias, a sus equipos de liturgia, y facilitarles materiales, o bien orientar en la búsqueda de otros materiales y medios de formación.

Secretariado de Música y Canto litúrgico, para ayudar a coros y a quienes de algún modo intervienen en este campo de

la celebración litúrgica, a que comprendan cuál es su función y misión, y puedan realizarla adecuadamente, sobre todo en la celebración de la Eucaristía.

Así D. Victorio abrió un



nuevo camino que, aunque lentamente, hace más eficaz este instrumento de la pastoral que es la Delegación. Pero había un punto por el que él suspiraba, y que constituirá un precioso recuerdo de su paso entre no-

sotros: El Propio Diocesano de la Misa y Liturgia de las Horas con aprobación de la Santa Sede. Le sorprendió, y con razón, que todavía anduviéramos con Calendario y textos

provisionales para las celebraciones propias de la Diócesis. Tendría que ser el primer trabajo fuerte del nuevo Secretariado del Culto divino.

Comenzó el trabajo a ritmo lento. Y él, suave, sin agobiar,

pero sin dejarlo de la mano: «¿Cómo va? ¿Queda mucho?». Lo cual era un incentivo constante para que no se fuera retrasando demasiado. Él mismo revisó, hizo sugerencias y marcó pautas. Quiso que se destacaran elementos propios, identificativos de la Diócesis: que no nos quedáramos simplemente con elementos del Común. Esto llevó a buscar textos anteriores, cuando los había, a introducir algunas variantes en antifonas o crearlas nuevas, adaptar alguna oración, procurar himnos propios, proponer lecturas adecuadas, etc. Después de la elaboración, y la inclusión de los elementos sugeridos por los consultores, él los iba viendo y dando su «placet», hasta que pudieran ser enviados a Roma, a la *Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los Sacramentos*.

Al fin, el 24 de septiembre de 2003 la Congregación aprobaba el Calendario Propio para la Diócesis de Orihuela-Alicante, y el 26 de febrero de 2004 aprobaba los textos de la Misa

y Liturgia de las Horas. Aún quedaba la andadura de la impresión, retardada por imprevistos, y que se tomó con mucho empeño el Vicario General D. Francisco Conesa. Al fin se presentaba a los sacerdotes el 9 de mayo de 2005, día del Clero Diocesano.

Es un gran regalo el que D. Victorio nos ha hecho a la Diócesis de Orihuela-Alicante, llevando a cabo la edición oficial de los libros litúrgicos del Propio Diocesano.

Es uno de los elementos más identificativos de una Diócesis, y que expresa también cómo él se ha identificado con nosotros. Será un motivo para mantenerlo asociado a nuestra oración Diocesana, y encomendarlo a Dios en ella. Gracias, D. Victorio; el Señor se lo pagará largamente.

J. ANTONIO BERENGUER
Delegado de Liturgia



D. Victorio, pastor y padre de pastores

Hombre apasionado por el sacerdocio y entregado a los sacerdotes. Así podemos des-

cerdotal, un libro titulado *El sacerdocio como vida*. En él se recogen retiros, homilias y charlas dirigidas a sacerdo-



cribir a D. Victorio Oliver, el que ha sido pastor de nuestra diócesis durante casi una década. En reconocimiento de ello, la diócesis publicó en 2004, con ocasión del 50 aniversario de su ordenación sa-

tes, fruto de la experiencia de un creyente, de un pastor, en el magisterio de los años al frente de nuestra diócesis.

Ver a D. Victorio, escucharle, es sentir cercana la presencia de Jesucristo,

Buen Pastor. En sus palabras y en sus gestos se aprecia el amor a cada persona, a cada comunidad, a cada miembro de nuestra Iglesia Diocesana, de la que siempre habla porque es de lo que rebosa su corazón (cf. Mt 12,34), de amor a la Iglesia que camina en Orihuela-Alicante. Su afán es el de un pastor que entrega su vida, según nos narra el profeta Ezequiel: «Buscaré a la oveja perdida y traeré a la descarriada; vendaré a la herida, robusteceré a la flaca, cuidaré a la gorda y robusta; las apacentaré como se debe» (Ez 34,16).

Quisiera destacar especialmente la dedicación y el amor a los sacerdotes

“ En sus palabras y en sus gestos se aprecia el amor a cada persona, a cada comunidad, a cada miembro de nuestra Iglesia Diocesana, de la que siempre habla porque es de lo que rebosa su corazón.

que siempre ha demostrado D. Victorio. Ejerciendo su sacerdocio, como Obispo desde 1972, nos ha enseñado a ser sacerdotes y a amar la vocación. Quien marchó a temprana edad

al Seminario de Teruel, ha estado junto a los seminaristas, pequeños y mayores, alentándonos, ofreciéndonos su trato cordial, personal, amistoso y paternal, así como celebrando junto a nosotros los momentos más importantes de la vida del Seminario de Orihuela y del Teologado de Alicante.

En este momento sólo podemos dar gracias por su vida y por la fecundidad de su ministerio presbiteral y episcopal. Nos queda vivo el recuerdo de su voz, que ha anunciado la Buena Noticia de Jesucristo en todos los rincones de nuestra diócesis, y de la que Dios se ha valido para llamar al sacerdocio a tantos jóvenes de nuestra tierra. Y permanece igualmente vivo en nosotros el recuerdo de sus manos: esas manos que un día tomaron el arado sin mirar atrás (cf. Lc 9,62); esas manos que han llevado el báculo de pastor con ternura y firmeza; esas manos que fueron ungidas y con las que, «en el nombre del Señor», como reza su lema episcopal, ha ordenado a diez generaciones de presbíteros de nuestra diócesis.

Agradecidos por su testimonio, por su entrega y por todo lo que de tantas maneras ha hecho por los seminaristas y sacerdotes de nuestra diócesis, sólo podemos decirle que queremos seguir adelante trabajando juntos por el Reino de Dios. La oración pidiendo al Señor que le siga bendiciendo en esta nueva etapa de su vida es la mejor forma de expresar nuestro recuerdo y gratitud. No se olvide —sé que no lo hará— de rezar por esta diócesis que le quiere, y especialmente por sus sacerdotes y seminaristas para que sean en el mundo presencia del amor de Jesucristo, Buen Pastor. Gracias, D. Victorio.

JOAQUÍN LÓPEZ SERRA
Seminarista de 6.º de Estudios
Eclesiásticos

¿Estás contento?

NACHO G.ª ANDREU



Ahora que se va y hago memoria de lo que sé de usted... me estoy poniendo un poco «amontona»: una mezcla de nervios, porque no sé mucho de lo que debía saber, y de alegre gratitud por saber lo que sé. Y encima tengo que escribir algo.

Que sea lo que Dios quiera.

Si no lo miro, no lo sé: ahora resulta que su lema episcopal es «En el nombre del Se-

ñor» y yo hubiese jurado que era «¿Estás contento?». Y es que cada vez que nos hemos visto, a mí y a todos los compañeros curas, lo primero ha sido esa pregunta: la solicitud cariñosa de nuestra «contentura». Antes que cualquier cosa, eso es lo que le ha preocupado: antes que los análisis y las opciones, antes que los éxitos y los proyectos... Vd. quería saber por qué latitudes andaban nuestros ánimos y nuestra ánima.

Repaso su breve biografía que aparece en la «Guía de la Diócesis de Orihuela-Alicante» y no me queda muy claro cuánto aprendió en Roma, o si hizo algún máster en la Gregoriana... lo que sí que sé es que su padre era herrero allá en su pueblo, por los terueles, y que Vd. recuerda con orgullo sus orígenes en la vida y en la fe sencilla recibida en el seno de su familia trabajadora. Todavía recuerdo la cara llena de alegre asombro de aquellos hombres de San Felipe Neri, «los de la Moncloa», a los que Vd. saludó y que decían: «si es como un hombre normal...».

Busco entre los libros y aparece uno escrito por Vd. que debe ser una joya.

De este año no pasa que lo lea... pero si no lo leyese... sí que lo he visto abrazar con

“ Lo he visto abrazar con cariño a niños y abuelos, y bajarse de un camión después de ser compañero de camino y de fiesta de esta buena gente, y de saludar con afecto fraterno y reconocimiento a los hombres y mujeres sencillos.

cariño a niños y abuelos, y bajarse de un camión después de ser compañero de camino y de fiesta de esta buena gente, y de saludar con afecto fraterno y reconocimiento a los hombres y mujeres sencillos de los pueblos de esta nuestra diócesis. Le he visto querer estar presente en medio de las alegrías y las penas, de las luchas y esperanzas de la gente... querer aliviar y cambiar el dolor de las víctimas, sean víctimas de lo que sean...

No sé cuantos títulos «mo» (Excmo., Rvdmo., Ilmo...) hay que poner para no parecer que uno no domina el medio, ni si de «curriculum vitae» habría que hablar más o si hay que darle alguna carta de recomendación para donde vaya... lo que sí que se nota es que es «un hombre de Dios», un creyente, un amigo del Señor Jesús y que quiere a la Iglesia con pasión... vengan los aires de donde vengan.

Bueno, pues nada, que gracias por todo y que Dios le bendiga.

Un abrazo, D. Victorio.

¡Gracias, Señor, por D. Victorio!

Todos y cada uno de nosotros, como aspirantes al diaconado permanente de la diócesis de Orihuela-Alicante, en infinidad de veces y de muchas maneras distintas, siempre hemos sentido cercano a don Victorio. Aunque centraremos el presente escrito en nuestra experiencia a nivel de ordo al sentirnos llamados, de una manera es-

conseguido acercar nuestras vidas más a Jesús, a su Padre y al Santo Espíritu. Su trato humano y su sencillez como hombre lleno de experiencia, nos ha hecho más cercana la fe, dándonos ejemplo a seguir sus pasos y hacer la voluntad del Padre. Nos ha servido de mayor estímulo para entregarnos en el servicio a los demás.



pecial, en el camino vocacional, como servidores a nuestras comunidades.

Tal y como figura en la tradición de la Iglesia, los diáconos siempre han estado junto a su obispo. De forma similar, incluso antes de comenzar nuestra misión como servidores y ministros ordenados, nos hemos sentido muy cercanos con nuestro obispo. Don Victorio ha significado mucho para este grupo de hombres que se han sentido llamados a trabajar en la mies del Señor.

A lo largo de estos años, nos hemos sentido confortados con sus palabras, con su vida de entrega generosa y con la imagen que nos trasmite de Jesucristo Siervo del Padre; lo que nos ha hecho vivir más plenamente nuestra vida y nuestra vocación a la llamada de Dios, desde nuestra condición de esposos y padres.

Es justo decir que Don Victorio es un hombre bueno. La primera sensación que nos da al verlo es de ser un hombre bondadoso y humilde, tal y como Jesús predica en las Bienaventuranzas. Para nosotros don Victorio es como un hermano que ha sabido ganarse nuestro aprecio y confianza.

Don Victorio, nuestro obispo, es un buen padre y un pastor noble. Siempre que le notificábamos nuestros deseos de compartir con él, y su agenda le permitía, estaba disponible sin dilaciones en el tiempo. Y tras su encuentro, nos hemos sentido escuchados, atendidos, orientados y especialmente queridos. Por ello una de las palabras con las que definir nuestros sentimientos en este momento, es de gratitud, y lo llevaremos siempre en nuestros corazones.

Pero don Victorio ha sido algo más que nuestro pastor, ha sabido meternos en su corazón, y ha

Hemos comprobado que es un hombre de paz y de vida interior, siempre ha estado dispuesto al entendimiento, al amor y al perdón con los demás. †Es un modelo a imitar también en la santidad. Ha sabido llegar a

“D. Victorio ha sido, primero amigo cercano, y luego maestro ejemplar, nos ha enseñado a acercarnos a Jesús.”

nosotros con su entrega total. Y precisamente son personas así, las que necesitan las comunidades. Personas como él necesita la diócesis. Personas auténticas necesitan la Iglesia para dar testimonio de Jesucristo ante los demás.

Don Victorio ha sido, primero amigo cercano, y luego maestro ejemplar, nos ha enseñado a acercarnos a Jesús. Él nos ha vuelto a enseñar el venid a mí los cansados y agobiados. Ha sido un pastor manso y humilde de corazón que ha sabido estar con todos y atento a las necesidades de la Iglesia Diocesana.

Por ello, don Victorio ha apoyado y promovido por primera vez el Diaconado Permanente en nuestra diócesis. Tan pronto conoció las necesidades de la diócesis, supo mimar las vocaciones desde el primer momento. En nuestra diócesis, él ha sido el obispo que escuchó la llamada del Espíritu de Dios, que ha hecho brotar en su pueblo las voca-

ciones a este nuevo ministerio ordenado. Después de cuarenta años que fue aprobado por el Concilio Vaticano II, ha sido don Victorio el primero que ha restaurado el diaconado como estado de vida permanente. No podemos dejar de nombrarlo, porque, si es la voluntad del Señor, estas vocaciones no podían perderse. Son nuevos tiempos, y el Espíritu ha decidido ayudarse de nuevos medios para la evangelización. Él, ha sido fiel al Espíritu que sopla en la dirección de adaptar la Iglesia a los tiempos y al servicio del ser humano.

Por todo ello, los aspirantes que nos estamos formando, tenemos que agradecerle sinceramente que haya dado cauce a esta vocación que no la hemos buscado, hemos sido llamados y enviados para vivirla de modo permanente. Con nuestra mayor humildad, los que nos sentimos llamados por el Señor para «servir» como miembros de su Iglesia, de una manera especial, queremos agradecer al Señor los años en los que nos hemos visto enriquecidos con el cuidado amoroso y cercano de nuestro Pastor, Padre y Hermano.

Todos unánimes, con una sola voz y con un solo propósito, vitoreamos: ¡GRACIAS, SEÑOR, POR D. VICTORIO!

Sí, gracias, don Victorio, por restaurar el Diaconado Permanente en nuestra diócesis. Ha sido valiente porque ha confiado en lo que la Iglesia de Jesucristo ha creído conveniente para la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Sabemos que, como padre y pastor, ha seguido con gran interés el caminar de cada uno de nosotros, durante estos últimos años, por las sendas de nuestro discernimiento vocacional y nuestra formación.

Y debido a la emoción que nos embarga, es difícil encontrar palabras adecuadas para despedirle; por ello, diremos, simple-

“Él nos ha vuelto a enseñar el «venid a mí los cansados y agobiados».”

mente, de parte nuestra y de nuestras esposas: un abrazo, hermano Victorio, y que el Señor le bendiga y le guarde, allá donde le ponga para seguir sirviendo a su Esposa.

Los aspirantes al Diaconado Permanente de la Diócesis Orihuela-Alicante.

Un obispo del Concilio

JAUME BENALOY

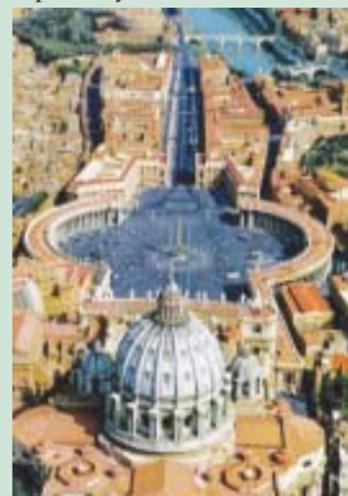


Querido D. Victorio:

Nunca fue fácil ser buen obispo; menos en estos tiempos que corren.

Otrora se consideró un privilegio, una distinción influyente, un rango de poder. Al celebrar el 40 aniversario de la clausura del concilio Vaticano II, es oportuno recordar lo que señala el Decreto *Christus Dominus*: «los obispos, puestos por el Espíritu Santo, suceden a los Apóstoles como pastores de las almas» (2), han de ser «testigos de Cristo ante los hombres» (11), «han de anunciar el Evangelio de Cristo» (12), «con amor especial deben estar al lado de los pobres y los

Siempre me impresionó su lema episcopal y, especialmente, su forma de ponerlo en práctica. Vino «en Nombre del Señor» y sólo a Él pidió fidelidad incondicional. Con honda ternura y pasión nos habló de Él, nos acercó a Él, nos enseñó con su propia vida que Jesucristo es Buena Noticia para todos. Una vez escribió que «Pablo, tuvo el acierto de dejarnos lo que él vivía como misionero, como obispo, como sacerdote: Cristo es mi vivir» (*El sacerdocio como vida*, p. 318). Así nos lo ha enseñado también usted en estos nueve años entre nosotros. Hemos vis-



to que Cristo es su vida. De Él vive y nos da vida, como los buenos pastores (Jn 10). Y no sólo con palabras, sino con su manera de manejar el báculo. Rompió esquemas, sorprendió su sencillez, su capacidad de escucha, su confianza y paciencia.

Ahora que se despide de nosotros, una pregunta brota inevitable: ¿ha vivido así entre nosotros?

Cada cual puede hacer su balance personal, pero no cabe duda que usted ha conseguido ser un pastor querido, acogido, respetado, escuchado, por la mayoría de laicos, religiosos y sacerdotes. Incluso se ha ganado el corazón de muchos alejados de la Iglesia, de los medios de comunicación, así como de numerosos miembros de otras confesiones y tradiciones religiosas. Como es de suponer, no faltan críticas e incomprensiones. No agrada a todos; como no agradó tampoco Jesucristo. Habrá que esperar unos años para valorar con justicia su paso entre nosotros. Como las buenas semillas, su ministerio necesita tiempo para germinar. Además, «por sus frutos, los conoceréis». No cuenta tanto el número de escritos, de visitas, de encuentros, de obras realizadas, sino los frutos... y esos, en gran parte, todavía están por despuntar. Demos tiempo a las semillas plantadas. Usted, junto a cada uno de nosotros, sembró confiado y con esperanza firme en el Señor. Que el Dueño de la mies haga fructificar cada uno de sus desvelos y fatigas.

He oído decir con frecuencia que «no parece obispo» o que «no sabe mandar». Ha preferido no imponerse, no forzar, no ganar. Toda su vida ha sido propuesta, anuncio, invitación evangélica. Ha sido pastor solícito de la entera comunidad diocesana. Lo hemos visto decidido padre de los pobres, de los presos, de los que no cuentan. Lo hemos escuchado con voz emocionada proclamar la Buena Noticia. Ha sido amigo fiel de los enfermos y de los niños, hombro y aliento de los tristes y cansados, testigo de la Luz que abre caminos nuevos y desenmascara las mediocridades e injusticias. No ocultó su preocupación por los jóvenes, las familias que sufren y el mundo del trabajo. En sus palabras lo descubrimos sabio maestro de la Palabra de Dios, sembrador de esperanza, insobornable defensor de la dignidad humana. Lo hemos sentido compañero en el seguimiento de Jesucristo, agradecido hijo de la Iglesia, misionero y hermano universal, amante de la paz y de la comunión... ha sido un obispo bueno, un obispo del Concilio. Agradecidos le decimos adiós, nos estimula su testimonio y ya sabe dónde nos tiene apresurando el Reino «en el nombre del Señor».

D. Victorio y los seglares

Perspectiva de un consiliario

MIGUEL RIQUELME
Delegado de Laicos



Fue en El Escorial. Abril de 1995. Encuentro General de Apostolado Secular bajo el título: «Sacerdotes y Acción Católica». Desde Alicante fuimos un buen grupo de sacerdotes capitaneados por Carmelo Dávila. Es el primer recuerdo que tengo de «ver directamente» a D. Victorio. Había oído hablar de él, pero no lo había visto. Me gustó mucho escuchar con qué entusiasmo hablaba de los seglares y de la renovación de la Acción Católica. Once meses después entraba como obispo de nuestra diócesis en Orihuela. En verano de 1996 volví a encontrarlo como presidente de la CEAS en la asamblea nacional del Mto. Junior en Málaga, donde se decidió el cambio del Junior de movimiento especializado a movimiento general de AC. Nuevamente comprobé su ilusión y compromiso por renovar la Acción Católica adaptándola a la situación actual y capacitándola para ser un instrumento de nuestras parroquias y de las diócesis.

Más allá de la AC, la sintonía y el interés por los seglares, individualmente y como colectivo de apostolado, es una de las características que he percibido en D. Victorio. El 15 de enero de 2000, en el seminario marista de La Marina, celebramos el primer «Cursillo de laicos». Eran tres charlas: qué mundo, qué Iglesia, qué laico. La charla sobre la Iglesia fue la de D. Victorio. Hablaba de la Iglesia y lo hacía como marco para hablar de los laicos. Fue



realmente clarificador y emocionante. Cuando llevaba a la estación del tren a Rafael Serrano, entonces Secretario General de la ACE y que se había encargado de la charla «¿Qué mundo?», me comentaba: «Es que D. Victorio es el obispo de España que mejor habla de los seglares, y cuando le sale el día...». En otros encuentros he percibido lo mismo, provocando que seglares críticos con la Iglesia se sientan a gusto tras una jornada de contacto con D. Victorio. En el trato espontáneo de pasillo o en la relación más formal de una reunión o visita de pequeño grupo, los seglares

siempre salían gratamente impresionados, con sensación de reconocimiento y ganas de trabajar.

La preocupación y sensibilidad ante problemas sociales también ha acercado a D. Victorio al mundo seglar, hablando con naturalidad, conocimiento y corazón de los inmigrantes, del mundo del trabajo, del respeto a los derechos humanos, del reconocimiento de las instituciones civiles..., rompiendo un esquema de obispo preocupado sólo de las cuestiones internas de la Iglesia. Mostraba con claridad que se creía lo del Concilio Va-

ticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (*Gaudium et spes*, 1), y también lo de Juan Pablo II de que «el hombre es el camino de la Iglesia».

Todo esto lo ha vivido con un profundo sentido eclesial, situando el apostolado seglar, como cualquier otra actividad pastoral, en el conjunto global de sus actividades diocesanas. También la Delegación de laicos, el Encuentro de la Familia o de la Acción Católica hacían cola para contar con la presencia del obispo en cualquier actividad del fin de semana, porque en los fines de semana las visitas pastorales tenían la prioridad. También en este campo tan querido de D. Victorio no se ha dejado llevar de sus preferencias personales sino que ha actuado delegando, distribuyendo trabajo y confiando en las personas. En este sentido recuerdo que, en el período de D. Jesús García Burillo, éste asumió todo el campo de la entonces llamada Delegación de Pastoral, y dentro de ella de todo lo relativo al apostolado seglar, que parecería el ámbito pastoral más propio de D. Victorio. Muchos vimos en este gesto una expresión del sentido eclesial de nuestro obispo, nada posesivo ni protagonista.

La discreción es otra característica de D. Victorio. Perso-

nalmente no le he oído hablar mal de nadie nunca. No sólo es discreto con las personas, también con las situaciones. En el Congreso de Apostolado Secular celebrado en Madrid el mes de noviembre de 2004, el planteamiento y orientación inicial fue bastante caótico, con una orientación que parecía descalificar el trabajo que él había hecho anteriormente como presidente de la CEAS. Supongo que él sufriría mucho interiormente. Dos días del Congreso comí junto a él en la misma mesa y no dijo ninguna palabra crítica, amarga o descalificadora. Finalmente el Congreso llegó a unas conclusiones de los diversos talleres y a una declaración final que rectificaba el planteamiento inicial.

Quiero acabar con una palabra sobre la cercanía humana y el interés por las personas que ha mostrado siempre D. Victorio. La hemos experimentado en el trato personal, en el tú a tú, en las visitas a personas enfermas, particularmente sacerdotes, o en la cercanía con motivo de la pérdida de familiares, en la celebración de confirmaciones con esas palabras entrañables a cada confirmando, y también en algo, que a veces es difícil de percibir, y es la capacidad para crear buen ambiente y ritmo de trabajo en reuniones, consejos y todo tipo de encuentros.

Gracias, D. Victorio.

Hechos en el corazón



CARMELO DÁVILA

Reconozco que no soy imparcial si he de hablar de don Victorio y del ejercicio de su ministerio pastoral en la diócesis. Me domina el corazón y prevalece en mí, por encima de todo, el afecto personal. Por eso, no voy a hacer ninguna valoración de estos nueve años de su estan-

cia en Orihuela-Alicante, como tampoco me voy a deshacer en elogios o aplausos, como si de tender un puente de plata se tratara. Voy a recordar, tan sólo, dos hechos de esos que se almacenan indeleblemente en el corazón. Y que sea lo que Dios quiera.

Yo conozco a don Victorio desde el año 1965 (¡40 años!), cuando él ni soñaba ser obispo ni yo era sacerdote. Siendo rector del Seminario de Teruel nos había dado unos ejercicios espirituales en nuestro paso de filosofía a teología y habíamos mantenido, desde entonces, una buena y cordial amistad. Por supuesto que me alegré infinitamente que le nombrasen obispo de nuestra diócesis. Sabía que aquello era bueno para nosotros en aquellos momentos. Dos días después de conocer la noticia sentía muchas ganas de llamarle por teléfono y expresarle mi optimismo. Pero me resistía por-

que no deseaba que interpretara que me hacía presente en ese momento para ganarme su favor o su atención. Bueno, una de esas luchas interiores que te dejan indeciso y descontento con cualquier determinación que tomes. En esas estaba, cuando, domingo por la tarde, suena el teléfono de mi casa y era don Victorio. Omíto la conversación, evidentemente, porque era personal. Pero al finalizar le pregunté que cómo se le había ocurrido llamarme. Y me dijo que había estado rezando con la lista de los sacerdotes de Orihuela-Alicante en la mano. ¡Uno por uno! Sé que desde entonces lo ha hecho muchas, muchas veces.

El segundo hecho ocurrió siendo yo vicario episcopal. Estábamos en una de las reuniones semanales del Consejo, llamado «de gobierno». Sobre la mesa un acontecimiento social de mucha envergadura y la intervención de un sa-

“Me dijo que había estado rezando con la lista de los sacerdotes de Orihuela-Alicante en la mano. ¡Uno por uno! Sé que desde entonces lo ha hecho muchas, muchas veces.”

cerdote en aquella situación que podría comprometer, positiva o negativamente, al Obispo y al Obispado. Lo más fácil era reconvenir al sacerdote para evitar malos rollos. Pero en ello se jugaban, de equivalente modo, las convicciones del sacerdote, que el Obispo debía respaldar, y la posibilidad de muchas tensiones incómodas con instituciones civiles. La conversación fue muy larga y, en ocasiones, tensa. En el fragor del «combate» y en medio de muchas dudas, don Victorio nos sugirió algo que, por tan natural y obvio en nuestro caso, no dejaba de ser original: «¿Qué nos inspirará el Evangelio a todo esto?». O, con otras palabras, ¿qué haría Jesucristo en nuestro lugar? Y el caso es que nuestra reflexión posterior nos aclaró del todo; nos faltaba mirar con los ojos de Jesús. Aquella mañana me ayudó a comprender mucho mejor el papel de un obispo.

Amigo Victorio, hermano mayor

Querido Obispo:

Al alba de este nuevo día me dirijo a ti para manifestarte mi cercanía agradecida.

Alguno se escandalizará, seguramente, por el tratamiento de t , pero si comunico sentimientos no me sale hacerlo de otra manera, cuando rezo también llamo al Padre de t .

Desde que del NODI me pidieron que escribiera este artículo, llevo varios días pensando cómo enfocarlo. Después de haber recopilado las cartas pastorales y los escritos que has hecho sobre el laicado, todos ellos de gran hondura y sencillez, dos cualidades difíciles de conjugar, y que denotan no solamente un gran respeto por los laicos, sino una firme esperanza en nuestra corresponsabilidad eclesial y nuestra misión evangelizadora; he decidido dejar ese análisis para otro momento, quizás para la revista *En movimiento* y hoy comunicarte la fecundidad de tu vida. Soy consciente de que no es necesario, pero también s  que Paco me quiere y sin embargo, qué bien me sienta o rsele decir. Hasta Jesús preguntaba a Pedro si lo quería. Pues bien, yo te quiero. Como te quiere tanta gente de esta diócesis. Te quiero como hermano mayor, como pastor y amigo. En silencio me he alegrado contigo de los logros de nuestra Iglesia local, compartido el anhelo de caminar creciendo en fidelidad y me he dolido cuando he sabido que algo te estaba haciendo sufrir (algún conflicto, falta de vocaciones, secularizaciones, la muerte de un sacerdote...).

Cuando en los encuentros generales algún laico me preguntaba:  qu  tal tu Obispo? Siempre contestaba: **mi Obispo es un hombre de fe.** Eso sol a sorprender.  Es que hay algún Obispo que no la



tenga? Comentaban. No s , yo sólo digo que el mío la tiene. Podría haber dicho que eres un hombre inteligente, que lo eres; un hombre cercano, un pastor... pero creo que esta cualidad es la que mejor te define: **rezumas fe.**

Una Fe trinitaria. Porque con qué fuerza te crees que la Iglesia es comunión. Por eso has ido impulsando estructuras comunitarias de participación: los Consejos parroquiales y diocesano de pastoral, los planes diocesanos elaborados con la participación de todos, los encuentros anuales de todos los delegados y directores de secretariados... Has querido que todos nos sintiéramos copartícipes, que realmente nuestra Iglesia fuera casa y cosa de todos. Por eso siempre escuchas.  Qu  gran virtud! Por eso cuando escribiste sobre el Obispo hablaste en realidad del laicado, del Obispo como servidor de los laicos. Por eso cuando

hablas de la vocación sacerdotal la ligas necesariamente a la vocación laical afirmando que una y otra se retroalimentan. Nos has hecho sentir Diócesis y en ella Iglesia universal

Una fe misionera, porque no entiendes una Iglesia que se mira el ombligo encerrada en sí misma, sino una Iglesia que se hace comunión para el mundo, que se sitúa en él como levadura, desde dentro, mezclándose, disolviéndose en el acto de fermentación. En muchas ocasiones te hemos oído decir:  Una Iglesia de puertas abiertas, no tanto para que entren los de fuera, sino para que salg is vosotros a cada rincón del mundo a anunciar la buena nueva .  Abrid los ojos, porque hay abundantes semillas del Verbo en nuestra sociedad .  El hombre es el camino de la Iglesia —nos dices—. Cristo ha asumido este camino en la Encarnación y Redención, se lo traz 

“Comparto contigo que el cristiano es una persona de honda alegría, estad alegres, otra de tus constantes en las predicaciones.

“Para ir a Dios hay que pasar por el hombre. No hay atajos.

para siempre a la Iglesia y es camino de dirección obligatoria... Para ir a Dios hay que pasar por el hombre. No hay atajos.

Una fe celebrada en la comunidad. Alimentada por el Pan de vida Una vida hecha oración

El paso de la vida nos va regalando diferente tipo de personas, todas válidas, por supuesto. T  te encuentras entre las que me impulsan a querer ser mejor, más entregada al servicio del laicado



LOLES GAMB N
Directora del Secretariado de Mov. y Asoc. de Apostolado Seglar

diocesano, más encarnada en la pobreza y exclusión. Tu capacidad de trabajo me anima a cultivar la voluntad y el esfuerzo. Tu cercanía a las personas y comunidades me alienta a la gratuidad y la ternura.

Cuando esa cercanía no ha podido ser física porque no lo permitía el extenso trabajo diocesano, la hemos sentido a través de tus cartas pastorales, siempre oportunas, realistas, metiendo el dedo en la llaga, anim ndonos, exhort ndonos a construir Reino, a ponernos en camino llamándonos al ecumenismo, a construir la paz, a vivir la solidaridad compasiva con el que viene de fuera, con el que tenemos cerca o vive al otro lado del mundo. Han sido cartas también de denuncia profética. Cuántas veces al leer una de estas cartas he evocado a Pablo de Tarso. Así de pastor debía sentirse también él.

No has escondido tus emociones, te hemos visto llorar y te hemos visto reír.

Comparto contigo que el cristiano es una persona de honda alegría, estad alegres, otra de tus constantes en las predicaciones. Sin embargo has de permitir que nos entristezca tu partida, sin que por ello disminuya nuestra capacidad de acogida al nuevo pastor, no sufras.

Gracias por tu servicio. Tenerte como Obispo ha sido una gozada. Bendito seas.

Hasta mañana en el Altar eucarístico que es también el altar de la vida, amigo Victorio, hermano mayor.

Un obispo entre los jocistas

Una de las primeras imágenes que retengo en mi memoria de D. Victorio fue en la capilla del Teologado. Fue de los primeros lugares a los que se acercó cuando llegó a la diócesis, y en varias ocasiones. Comenzaba a apuntar su talante cercano y cariñoso. Recuerdo que sus homilías eran muy ricas, que nos hacía entrar en el misterio de la Palabra. Hasta ese momento, el Obispo para mí había sido alguien lejano ante el que había que  vestirse de traje y corbata  en las ocasiones especiales en que aparecía. A partir de entonces, D. Victorio em-

pez  a acompañar los pasos importantes de mi vocación sacerdotal. Y hoy puedo decir con gozo que es mi obispo, el obispo que me orden .

Después la vida nos ha hecho compartir otros momentos, especialmente desde la JOC. Recuerdo los momentos en que nos juntamos con él los consiliarios de la JOC de la diócesis en alguno de nuestros encuentros en los que él participaba muy gustosamente. También le recuerdo muy a gusto entre los jocistas en alguna asamblea a la que se le invit . En esos momentos nos hablaba desde el corazón, como él siempre hace,

“D. Victorio empezó a acompañar los pasos importantes de mi vocación sacerdotal. Y hoy puedo decir con gozo que es mi obispo, el obispo que me orden .

y me record  aquellos primeros momentos del Seminario cuando le conocí. Entre otras muchas cosas, nos contó que él había sido jocista, que tuvo contactos con Cardijn en el seminario y en sus primeros años de sacerdote. Conoc  muy bien la JOC. Se sentía un trabajador en esta tierra de Orihuela-Alicante. Le gustaba mucho recibir nuestras cartas y escuchar nuestras conversaciones donde aparecían nombres concretos de personas concretas que nos habían hecho encontrarnos con el Señor y por las que dábamos gracias. Nos decía:  Se nota a los de la JOC porque en vuestras



PEDRO JUAN DÍAZ
Consiliario Diocesano JOC

conversaciones siempre aparecen personas con nombres y apellidos; cuando veas una carta donde se nombra a Pepito y a Juanito, ese es un jocista . Cada vez lo sentíamos más cercano, más nuestro, más... jocista.

Un obispo entre los jocistas. Y un jocista entre los obispos. Parafraseando a Cardijn, eso también  vale más que todo el oro del mundo .

En buenas manos

...y las palabras de aliento y el abrazo; / el compartir con todos ellos la factura / que nos presenta la vida, paso a paso.

Alberto Cortez

Hacer homenaje a los que se van es sumamente fácil o difícil, según el cristal con que se mire. Es fácil dejarte llevar por el agradecimiento, si lo estás; por el halago, si quieres «hacerlo bonito»; o simplemente «cumplir con el expediente». Ocurre que, en alguna ocasión muy especial, nada de esto es suficiente ni por separado ni siquiera todo junto. Ocurre que, de momento, se te vienen un montón de cosas a la cabeza que no sabes como traducir al papel. Ocurre que se mezclan sentimientos, razones, intuiciones y no sé cuantas «ones» más...y no sabes qué hacer...

De pronto, algo te ronda por la cabeza, una idea que parece te puede ayudar. El recuerdo de una canción, unos versos, un acontecimiento pasado, un viaje... ¡qué se yo! Infinidad de situaciones vividas junto a D. Victorio, que es imposible reunir en unas líneas o resumir en un trozo de papel. Las vivencias son muchas veces intraducibles. A pesar de ello tú quisiera encontrar las palabras adecuadas y, en ocasiones, tiene que servirte de poetas o cantores para poder hacerlo. Así pues:

«Contra gustos no hay disgustos, cada quien es cada cual y cada uno es como es. Pero puestos a elegir... prefiero a un Obispo con *querer* que a uno con poder; prefiero la cercanía antes que la distancia, el escuchar antes del decidir; prefiero el respetar antes que el avasallar, la sensibilidad antes que la indiferencia... puestos a elegir sigo prefiriendo lo sencillo a lo aparatoso, las nueces al ruido, la vida al sueño, el perro al co-



ÁNGEL BONAVÍA

llar... bailar a desfilas».

Y, puesto que nadie me lo impide y para gustos los colores, ya puestos a elegir... me gusta más el diálogo que la imposición, el sosiego que la agresividad, la propuesta antes que la «impuesta», y —fíjate— incluso más la calidez de una «lágrima» que la frialdad de lo serio.

Por todo esto, «y por muchas cosas más»... «me he sentido en buenas manos» y podría añadir aquello de «de vez en cuando la vida se nos brinda y nos regala un sueño... y toma café con nosotros... y da gusto vivirla... y uno es feliz, como un niño cuando sale de la escuela, y nos eriza la piel, y se hace de nuestra medida y toma nuestro paso...». Después de todo, Ud., D. Victorio, nos vino «en el nombre del Señor», que se hizo uno con nosotros «para seguir nuestro paso». Por eso —repito— uno se ha sentido en buenas manos. Gracias y hasta siempre, D. Victorio.

Victorio, gracias

Te llegó el momento. Ése, donde parece que se acaba el camino. Donde los raíles de tu vida pastoral hacen un requiebro dolorido, tajante pero aceptado. De hoy a mañana, tú serás el ayer. Aceptado, convertido en oración serena, de esperanza y de futuro. De otro futuro, de otra manera. La encontrarás porque eres un buscador coherente y constante. Gracias por lo que has dejado en nosotros. O mejor, en mí. Estas letras no quieren representar a nadie. El que quiera unirse al sentimiento y a la valoración que lo haga. Yo, que tengo la oportunidad no merecida, digo lo que siento y escribo lo que quiero.

Te voy a dar dos gracias. Una por el ejemplo de aceptar «tu muerte», con el dolor del que se le va la «esposa de su vida», de golpe, como una muerte anunciada, pero con las fechas del calendario apresurando la marcha. Tú decías que te sentías como «viudo». Tantos años casado con la misma y de golpe, por haber nacido en 1929 te «disuelven el matrimonio». Gracias por encajar esta muerte con la broma de la viudedad, ya que si te quitan la esposa te dejan la imborrable presencia del Espíritu; y esta «boda» no hay quien la disuelva. Que las gracias te lleguen al corazón y sean consuelo para tantas lágrimas contenidas. Gracias, porque si no hubieses compartido nuestra tierra, nuestros pueblos, nuestras personas,



LUIS LÓPEZ

nuestros problemas, nuestras alegrías, ilusiones y esperanzas, no podría decirte estas cosas ni acompañar los pasos inciertos de tu despedida. Así que, ¡gracias!

La otra, la segunda vez gracias, pone la mirada en tu actitud de escucha y acogida. La he percibido como un esfuerzo permanente de estar cerca, dentro del problema y del hermano. Seguramente no siempre has encontrado el entendimiento recíproco y la comprensión. Pero lo has intentado, con esfuerzo, con lágrimas, con oración. Porque si algo te hacía sufrir era la ruptura de los lazos fraternos entre un sacerdote y el obispo, entre una persona de la iglesia y el pastor de la misma. Gracias, pues, por el esfuerzo que has hecho por acoger, por intentar siempre la reconciliación con tus hermanos. Ahora, desde ahora, que te acojan con la amistad y la sencillez todos los que rocen tu camino y tu andadura, que todavía te queda corazón y espaldas para dar y sobrellevar la alegrías y tristeza compartidas.

Nosotros nos quedamos. Tú, Victorio, obispo y hermano, inicias el último tramo del camino. De consejos, nada. De frases al uso, menos. Si acaso la memoria de la palabra que alimenta la fe de los dos. *No te dejaré y no te abandonaré* (Hebreos 13,5). «El Señor dice: mis ojos están puestos en ti. Yo te daré instrucciones, te daré consejos, te enseñaré el camino que debes seguir». (Salmo 32,8).

Pues eso, Victorio, gracias y que sigas atento al Espíritu. Además no sabes hacer otra cosa. Un abrazo.

Nota. Disculpas al «tuteo». Como los dos somos «pensionistas», me lo he permitido.



Las puertas de la Iglesia

FRANCISCO BERNABÉ



Eran los tiempos de la preparación del Concilio Vaticano II, y Juan XXIII echaba mano de elementos reales de la vida de los pueblos para que todos pudiésemos entender mejor qué era la Iglesia, qué debía ser, y cómo teníamos que vivir en ella. «La fuente de la plaza del pueblo», refiriéndose a la parroquia, o aquello de «abrir las ventanas y las puertas para que corra el aire y se renueve el interior» eran imágenes muy conocidas y muy

entrañables cuyo significado todos podíamos captar sin necesidad de grandes explicaciones.

Pero las puertas de la Iglesia habían estado cerradas durante mucho tiempo. La burocracia había enmohecido los goznes y los cerrojos. Se había extendido como el fuego la ilusión, el deseo de aires nuevos...; las puertas no conseguían ser abiertas: era mucho tiempo el que pesaba sobre ellas. Había que echar mano de la paciencia, de la Historia, de la fe, viviendo cada uno de los momentos reales de la vida de la Iglesia.

Hace nueve años apareció por casa D. Victorio. Era el nuevo obispo, el anfitrión de nuestra diócesis, y comenzó utilizando imágenes de nuestra tierra, imágenes conocidas por nosotros; todavía afinaba más en cada zona, dándonos a entender que iba conociendo de verdad

nuestra tierra, nuestra cultura, nuestra forma de ser. En aquellos principios repetía mucho eso de que «es necesario abrir las puertas de las iglesias, de la Iglesia, y no sólo para que entre la gente, sino, sobre todo, para salir en busca de la gente». Y, de nuevo, como en los tiempos del Concilio, hubo ilusión en la diócesis; ilusión..., y prisa. De nuevo la prisa fue mala consejera: mirábamos el momento nuevo desde dentro creyendo que estábamos fuera, y no veíamos que el peso del tiempo también mantenía cerradas muchas puertas. La prisa es amiga sólo de la burocracia; las palabras, las ilusiones, quedaron dentro.

Ahora, después de nueve años, en la despedida de D. Victorio, resuenan con más fuerza aquellas palabras primeras que nos lanzaban a ser apóstoles en este tiempo y en esta tierra nuestra; resuena, también con fuerza, su silencio, silencio histórico, paciente, de esperanza. Hemos querido comprender este silen-

cio del que brotaba su palabra, y hemos estado a punto de volver a caer en la tentación de la prisa. Pero es, precisamente ahora, cuando hemos de abrir el corazón para que aquella palabra suya llegue al fondo de nuestros silencios cansados, para seguir permaneciendo alerta, porque el Espíritu sopla de forma nueva y hemos de aprovechar la coyuntura para vivirla con paciencia, con fe, conscientes de una historia en la que un obispo pasó por aquí, un obispo llamado Victorio, que, al modo de Jesús, muy bien pudo decir: «... muchas cosas me quedan aún por deciros, pero de eso ya se encargará el Espíritu de la Verdad, el que os llevará a la Verdad Plena».

Su palabra, y su silencio, quedan entre nosotros. Intentaremos abrir las puertas para que su soplo, portador del Espíritu, nos traiga aire nuevo, fresco, limpio, y para que ninguna burocracia nos haga olvidar que todos somos hermanos en una Iglesia que es Comunión, y en donde estamos llamados a vivir como en nuestra propia casa, donde nadie sobra y todos somos necesarios. Hasta siempre, D. Victorio.